

Muñecas cibernéticas



Every rotten fruit feeds the hungry mind, my timid child. But know this: apples decay untouched. So tell me, will you bite?

El barrio Trigal, lugar donde el placer nubla la realidad y la gente viene a escapar. Amor a la felicidad, así le llaman. Aquí es donde viene la gente sin recursos, buscando procedimientos clandestinos para preservar su consciencia... o borrarla. Algunos venden sus cuerpos, otros entregan su mente al metaverso. Siguen allí, pero sin estarlo. En donde el nuevo culto en las iglesias es la tecnología, y las luces vibrantes de la noche parpadean como en una catedral. Y ¿Qué pasa con las mujeres que vivimos acá? Nosotras, las muñecas cibernéticas. Nosotras y las niñas que llegaban al Trigal cada día, buscando trabajo. Pero hubo una a la que nunca olvidaré.

Antes de conocer a Diana, mi rutina era fácil: despertaba en mi rosada estancia de la agencia *Cyber Dolls*, miraba mi reflejo y me conectaba. Trabajaba sin estar allí. Trabajaba con mi cuerpo sin sentirme sucia, sin alguien que me tocara. Hasta que conocí a Diana, *volcán y tierra. Por donde pasas dejas huella*. Era la vecina que se mudó al lado nuestro, de mi edad, pero vivía sola. Dieciséis años. La edad perfecta para hacerse un procedimiento y replicar tu identidad en línea, para hacer mucho dinero y tener una vejez digna. Algunas de las chicas que conocí en *Cyber Dolls* vendieron su identidad en línea para generar dinero. De algunas nunca más escuchamos, pero sus versiones digitales seguían sonriéndole a los hombres por dinero. Diana: me costó no infantilizar su semblante. Cuando la conocí, no sabía si estaba lidiando con una niña pequeña, pero de cierto modo ella era para mí una santa. Sus ojos pardos caían burlescos e infantiles hacia aquellas frutas que se pudren; lo prohibido. Pensé; ella embriaga la vida, es como yo. Y mientras más conocía su tristeza, pensaba que, solo alguien que sufre de esa manera se asemeja a una ángel. Ella aturdió mi tranquilidad. Me espanté.



Érase ella: su sangría de libertades, junto a un infierno de cabizbajas. Vergüenza. Una niña vestida de mujer que seducía la vida, quien me llevó al borde de lo ético, pero que siempre vivirá en mi corazón.

La conocí en vacías noches de embriaguez del éxtasis y cocaína, de bailar al son de la juventud y el invierno nostálgico e infantil que te hacía pensar si esto era lo que querías en tu vida. Nunca me cuestioné mi vida, al fin y al cabo lo que yo hacía era sobrevivir. Y Diana me hacía sentir fuerte. Con ella, me reía más, bailaba más. Nos tomábamos de la mano y fingíamos que éramos diosas. Quizá por eso acepté esa fatídica noche. Porque ella me hacía sentir como si pudiésemos ganarle al mundo. Me contó que su hermana estaba enferma, y que no podía sustentar los gastos que conllevaba el tratamiento. Y que hacer dinero en el metaverso era muy difícil. Estaba lleno de muñecas cibernéticas.

Me sentí culpable por mi privilegio absurdo. De todos modos, me acomodaba vivir en una casa de *muñecas cibernéticas*, al fin y al cabo era la miseria que escogimos, prostituirse en el metaverso. Diana lo sabía, y me preguntó si me daban buen dinero. No, le dije. Es un gusto adquirido ganar dinero con tu yo del metaverso, dije finalmente. *Porque esa no soy yo*. Se rió y me contó que había estado hablando con un diablillo, que era trabajador. Un hombre de bien, me dijo riéndose. Me dijo que este hombre nos pagaría más si nos acostábamos con él no en el metaverso, sino en la vida real. En la agencia de *Cyber Dolls*, no me dejaban hacer aquello, así que me espanté.

Me preguntó si es que la acompañaría con su primer cliente. Que le daba miedo que le pasara algo. Que quería estar conmigo. Miré sus ojos con miedo y no supe decir que no. Le dije que lo invitara a *Le discothèque diabolique*, nuestra segunda casa. Me gusta la ambigüedad de la vida nocturna, le dije a Diana mientras sonreía en nuestra salida a *Le discothèque diabolique*. Ella se rió, pero se puso seria de pronto. Me pidió consejos sobre cómo hablar con hombres mayores, que necesitaba sacarle mucho dinero. Pero yo le dije que lo que hice no fue exactamente hablar.

“Entonces es nuestra primera vez en esto” me dijo con entusiasmo disimulado y me mostró un mensaje del hombre: Estaba llegando.

“Si, estamos juntas” dije sonriendo, pero dentro de mí, habían dudas.



Esa noche, antes de ir con ese hombre, le sostuve la mano a Diana en la discoteca. Su piel estaba fría, pero su sonrisa era cálida, tierna, temerosa.

“Si algo sale mal, nos escapamos” le dije. “Siempre podemos escapar.”

La pérdida de inocencia de haber conocido a ese hombre sin cara no se lavará ni con cloro, ni con fósforos. Ni aunque unos cuervos me devoraran y solo dejaran mis huesos en una rauda. Nada limpiará la impureza.

Llegamos con nuestras pelucas: Blanco y negro. Dos colores. Dos heridas. Dos versiones de la misma historia. Prostitución cibernética y pureza. Calvicie y juventud. Cuerpos silvestres, sucios. Decadencia.

Era alto y pálido, de unos cincuenta años. Tenía una máscara porque no tenía cara. Dante, se llamaba. Le preguntamos a qué se dedicaba. Nos dijo que vendió su cara y algunas de sus extremidades y se hizo una buena cantidad, porque en ese tiempo eso era aún algo nuevo. No dijo más. Nos preguntó si queríamos tomar pastillas antes de ir a su casa. Nos miramos y aceptamos sin pensar. En el auto, observaba las luces del tragal: sucias, vibrantes, decadentes. Todo se movía rápido. Miré un letrero: *Muñecas cibernéticas desaparecidas*. Nos bajamos. Departamento azul. Nos tomó de la mano. La cabeza me daba vueltas. Olor a encierro y cigarrillos, la brasa brillando en la oscuridad. Todo se sentía lejano: nos pasó ropa provocativa y nos dijo que nos iba a hacer una sesión de fotos para promocionarnos como muñecas cibernéticas, con intimidación. En mi mente pensé “Es como un tipo de proxeneta”. Nos pasó un papel y dijo que firmáramos. Diana me miró, y me hizo una señal para que firmara. La encontré una ingenua, pero todo pasó tan rápido... tan nublado, tan caótico. Firmé. Mientras recuperaba mi cordura y preguntaba para qué era este papel, Dante nos sirvió más alcohol y no respondió. Diana se desvistió lentamente al frente de él y de mí, Dante la miró con lascivia y la besó apasionadamente, Diana le corre la cara y le dice que si quiere más, tiene que pagar, y se rió con malicia.



“¿Y tú Melina, también me vas a dar un beso como el de Diana?”

No, contesté. Y tomé un falso sorbo de mi vaso y miré su estada azulada asustada e intimidada.

Se acercó y me puso su dedo en mi boca y me dijo con perversidad:

“Me encanta tu cara de niña”

Nunca me había sentido tan intimidada en mi corta vida, su presencia era demasiado poderosa. Pero mi mente seguía divagando qué era lo que acababa de firmar.

“Ya, posen en esa mesa” dijo dándose cuenta de su poder

“Pero antes, ¿ustedes le hacen a esto?”

Y sacó un polvo vibrante, que no conocíamos.

“Es para que sus mentes estén en el metaverso mientras lo hacemos, pero sus cuerpos serán míos por el momento” y nos miró seriamente. “Ese es el trato.”

“Sí le hacemos” dijo Diana riéndose burlescamente.

No alcancé ni a mirar bien el polvo, solo vi que Diana ya se lo estaba metiendo por la nariz. Dios, todo me daba vueltas.

“Te toca Melina”

Lo aspiré intimidada, dentro de mí, sabía que se venía algo horrible.

“¡Ahora a sacar fotos!”



Las luces tintineaban un color demasiado saturado en mis ojos sensibles y cautos, confusos. Todo lo era. Y cuando Dante sacaba las fotos, era como si yo dejase de existir y solo hubiesen luces como materia en su estada. Su estada azul con olor a encierro, a descomposición. Y un sonido a vacío tan fuerte como una orquesta. Una muerte neón. Solo yo y Diana sabemos cómo se sentían esas luces tintineantes en nuestros ojos de ratones, ojos sumisos... ojos que sobreviven, pero que no querían más.

Diana había perdido totalmente la consciencia y se sacó el brazzier cuando las luces de la cámara todavía nos bombardeaban. Empezó a sonar *La belle vie*. Dante, sediento de más, nos dijo que nos besáramos. Entonces, eso hicimos. Nos tocó. Los tres y el sucio destino nos hicimos uno. Todo se paralizó. Me levanté del acto. Di mi última actuación. Abrí los brazos, me dejé caer al suelo. La realidad me pisoteó. Dante había estado grabando desde el primer momento... Pero ¿Por qué?

Sentí una presión en mi pecho.

El departamento azul se diluyó en ruido blanco.

Mis manos temblaban, pero mi mente, flotando entre impulsos eléctricos y químicos, estaba en un punto muerto. Diana seguía bailando, una sombra con una sonrisa que no reconocía. Dante, sin rostro, me miraba con una satisfacción inmóvil.

La cámara seguía grabando.

El letrero en la pantalla parpadeaba: *Nuevo producto disponible*.

Dante se acercó y enfocó la cámara con un movimiento lento, como si hubiera terminado de esculpir su obra maestra.

“¿Ya entendiste, Melina?” Su voz era baja, controlada, como si hablara con una niña. “Así de rápido me has vendido tu identidad”

No respondí.

“Las muñecas como ustedes no mueren” continuó. “Se replican. Se venden. Se reinventan. La cámara lo sabe”

No me moví. ¿Quién era “nosotras”? ¿Acaso ya estaba muerta? Si mi cuerpo aún respondía, pero mi alma estaba atrapada en el metaverso, ¿en qué punto había desaparecido la diferencia entre la vida y la muerte?

Diana sonrió. Pero su sonrisa tenía algo... extraño.

“¿Quieres decir que ahora somos inmortales?” preguntó ella, con la piel brillante por el sudor y las drogas.

Dante exhaló el humo de su cigarro en espiral.

“No. Quiero decir que ya no son nada.”

La pantalla titiló. Una notificación apareció sobre el reflejo de Diana: “*Nueva versión subida con éxito.*”

Mi pecho se cerró. Miré la pantalla.

Melina, nueva muñeca digital.

Mi copia me sonrió.

No era una imagen, no era un simple video. Me miraba con inteligencia.

“¿Qué es eso?” susurré. “Esa no soy yo.”

Dante se rió. “Tu conciencia digital dice que sí... tú has firmado”

La copia parpadeó. Su sonrisa se amplió, exactamente como lo hacía la mía cuando intentaba ocultar mi miedo.

El suelo bajo mis pies pareció resquebrajarse.

Diana se rió. Su risa sonaba como el eco de una máquina vieja.

“¿Qué somos entonces?”

Un chispazo eléctrico recorrió mi cerebro. Pensé en las otras chicas que había conocido en la agencia de *Cyber Dolls*, muchas de ellas habían vendido su versión del metaverso a un proxeneta. Esa versión ya no les pertenecía. *Pero no eran ellas*, me decían. Ahora no estaba segura.

Traté de pensar en algo.. Algo puro. Algo antes de todo esto.

Pero no encontré nada.

Dante encendió otro cigarro.

“El problema con los humanos” dijo, expulsando el humo en espiral “es que creen que la existencia es algo sagrado. Pero el universo no los necesita. Son solo información.”

Diana, eufórica, se dejó caer en el sillón con los ojos enrojecidos.

“Entonces... si solo somos datos, ¿importa lo que hagamos?”

“Importa lo suficiente para que alguien esté dispuesto a pagar por ello” Contestó Dante con indiferencia.

“Diana, vámonos de aquí” le pedí desesperada, tomando su muñeca.

Sus ojos, antes llenos de malicia y vida, me miraron como si no me reconocieran.

“¿Vámonos a dónde?” preguntó.

No supe qué responder. Su mente ya estaba en otro lado, flotando en algún rincón del metaverso, donde el placer y la realidad se confunden. Yo, en cambio, sentí el peso de mi cuerpo como una maldición. Aún estaba aquí.

La pantalla parpadeó una última vez.

"Unidad original eliminada."

Mi copia me miró. Mi copia me sonrió. Pero... ¿y si era yo quien estaba al otro lado de la pantalla?



Y de pronto, mis pensamientos se hicieron livianos, ya no me sentía como una invasora en este mundo. Y el sudor lentamente me empezó a quemar... Miré a Diana, le tomé la mano... y le sonreí, sin saber por qué.

“Tal vez así no desaparecemos del todo.” le susurré.

Este cuento, "Muñecas Cibernéticas", es propiedad de Nina Covili.

Está protegido bajo la licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0.

No se permite su reproducción, distribución o modificación sin autorización expresa de la autora.

Fecha de publicación: 12 de marzo de 2025.